

VISIÓN NORTEAMERICANA DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL

KENNETH W. THOMPSON,
de la Fundación Rockefeller

TODA CABEZA honrada que se asome en estos tiempos turbulentos e inciertos a los problemas de la política mundial, sufrirá el tormento de una sensación de ineptitud y limitación. Es verdad que ahora sabemos más acerca del mundo donde vivimos de lo que sabíamos hace uno o dos siglos; las estadísticas son mejores y más cabal el conocimiento del pasado. Han mejorado las tasas de natalidad, mortalidad y emigración. Gracias a la prensa y las instituciones democráticas, el hombre tiene un interés mayor en el gobierno; se conocen y se dominan mejor los factores elementales causantes del crecimiento y la prosperidad. Con todo, si es mayor el conocimiento del hombre, los factores que deben de calibrarse han crecido en número y complejidad hasta aturdir. En lugar de las rivalidades aisladas de antaño, nos enfrentamos ahora a luchas que involucran directa o indirectamente todo el globo habitable. Han llegado a ser tan vastos nuestros problemas, tan dolorosa e incierta su solución y tan abrumador el peso de las contingencias, que la política exterior resulta, por lo menos en sus tres cuartas partes, una adivinanza, aun para el más sagaz estadista. Por añadidura, a despecho de todas nuestras estadísticas y gobiernos responsables, de nuestra sabiduría histórica y económica, rara vez hemos acertado en la predicción de los acontecimientos futuros, no digamos ya en la solución de los actuales.

Surge la cuestión de si podemos destilar de la política internacional del pasado, como la miran algunos de nuestros más agudos intérpretes, un cuerpo de principios comunes o una médula de verdades perdurables. En el fondo, ésta es la cuestión que implícita o explícitamente se han planteado desde hace más de dos décadas en Estados Unidos los filósofos, sabios y planeadores de la conducta política a los que se refiere este

artículo. Es posible que la respuesta a semejante pregunta esté fuera del alcance humano. Sin embargo, algunos indicadores que han guiado a lo largo del camino a los escritores de nuestra escuela pueden ser consignados desde ahora, y reexaminarse al final de este incierto sendero.

Por principio de cuentas, los grandes estudiosos de la política internacional han acudido a su tarea con un vivo sentido de la historia. Bueno es recordarlo, por obvio que parezca, pues el hombre moderno, impaciente por enfrentarse y resolver los problemas de hoy, es por instinto suspicaz, o desdeñoso, de este enfoque. ¡Con cuánta frecuencia se oye decir que la historia no se repite, o que jamás se aprende algo en la historia! ¡Qué frecuentemente resuenan, tanto en el discurso del erudito como del hombre público, las palabras “dejad que se entierre a sí mismo el pasado muerto”, o bien, “el cambio es la primera ley del universo”! Esa convicción puede surgir en parte de una incurable fe en el progreso y en la marcha ascendente de la humanidad. La gran mayoría de nosotros compartimos la vaga esperanza de que de la primera Guerra Mundial, y más recientemente de la segunda, nacería una nueva era, se reemplazarían los viejos ideales con nuevos, se fundaría la familia humana en bases más amistosas y se eliminarían para siempre las emponzoñadas emociones que antes inficionaron las relaciones internacionales. Pocos observadores, o ninguno, creyeron que esos trágicos acontecimientos eran una regresión fatal de la que nos recuperaríamos sólo después de largas y dolorosas luchas. Más fundamentalmente, el rechazo de la historia significa que las interpretaciones espurias y bobas reemplazan las onerosas exigencias de una paciente búsqueda del sentido que puedan tener las complejidades del pasado.

Se dice que Sir Nevile Henderson, embajador de Gran Bretaña en Berlín de 1937 a 1939, creyó que la lectura de *Main Kampf*, hecha a bordo del barco en que regresaba de América Latina, lo preparaba cabalmente para observar los acontecimientos de Alemania. Manifiestamente creía que la oculta atracción del militarismo alemán, la herencia de Bismarck y Federico el Grande, más los objetivos históricos de Alemania, eran de poca importancia inmediata, ilusión que se bosqueja

en su *Failure of a Mission*. Es instructivo contrastar sus opiniones con el análisis convincente, ilustrado por la historia, de Sir Eyre Crowe, de la Foreign Office, que ofrecía una base racional a una política que podía haber evitado la segunda Guerra Mundial. En tiempos más recientes, un secretario de Estado norteamericano declaró que la única condición previa para comprender la política exterior soviética era leer el *Manifiesto Comunista*. . . como si éste pudiera explicar la táctica soviética en Yugoslavia, la rivalidad chino-rusa o las ligas del Soviet con las dictaduras antirrevolucionarias del Medio Oriente.

Las grandes agrupaciones sociales tienden a reaccionar en forma semejante ante situaciones semejantes. La historia, al expresarse en esos patrones recurrentes, ofrece la materia con la cual pueden elaborarse módulos más intrincados e individuales de conducta social. El firme entendimiento que Sir Winston Churchill tiene de la política mundial está enraizado en la historia: su concepción de la Gran Alianza se fundaba en las lecciones de la coalición que hizo resistencia a Luis XIV. Su obra maestra histórica, *Marlborough: His Life and Times*, fue escrita durante la década de *La tormenta se aproxima*, cuyo anuncio hizo, no *ex post facto*, sino a la primera señal de que las nubes negras aparecían en el horizonte. Como Marlborough fue la cuña de la primera Gran Alianza que frustró el intento francés de dominar a Europa, así Churchill representó un papel semejante al organizar la resistencia contra la expansión germánica.

No existe, por supuesto, un argumento único en la historia, a pesar de los mejores esfuerzos de los filósofos para encontrarlo, ni tampoco puede la historia ofrecer un mapa carretero detallado que guíe a los hombres cuando van de un punto a otro. Existen, sin embargo, ritmos, módulos y repeticiones. De otra manera no podría haber comprensión o generalización válida. Tucídides, desdeñando el renombre contemporáneo, sólo pidió que su *Historia de la guerra del Peloponeso* fuese considerada, no "como un ensayo para ganar el aplauso del momento, sino como una adquisición para todos los tiempos", pues decía: "Quedaré satisfecho si la juzgan útiles los investi-

gadores que desean un conocimiento exacto del pasado para ayudarse en la interpretación del futuro, que en el curso de lo humano ha de asemejarse, si no es que copiarlo." Con ese mismo espíritu dijo Sir Walter Raleigh que "el fin y alcance de toda la historia es enseñarnos con el ejemplo de los tiempos pasados aquella sabiduría que pueda guiar nuestros deseos y nuestras acciones". Cada tipo de estudio tiene sus virtudes especiales; pero los más grandes pensadores occidentales estarán de acuerdo en declarar con Bacon que las "historias hacen sabio al hombre".

El dicho de que por mucho que se eche fuera a la historia con una horquilla de pajar, siempre regresa, expresa una de las lecciones de la Historia. En Inglaterra, Cromwell y el ejército intentaron realizar un drástico rompimiento con el pasado barriendo la venerable forma del gobierno monárquico; con la muerte de Cromwell, las formas tradicionales regresaron en oleadas, y la monarquía fue restaurada. En su gran obra *L'Europe et la Révolution Française*, Sorel traza la continuidad política francesa durante los períodos revolucionario y napoleónico con la de *ancien régime*. Hoy día, la falta de libertad política en la Unión Soviética, la omnipresente policía secreta y la aquiescencia general a un régimen autoritario, recuerdan a la Rusia zarista. Difícilmente puede apoyarse en los hechos el rompimiento tajante entre el pasado y el futuro anunciado por algunos historiadores liberales. Un historiador inglés escribió en 1944 estas palabras: "es probable que la renovada marcha de Rusia hacia sus seculares objetivos: un puerto en el Atlántico, en el Báltico y en los Balcanes, una salida en el Mediterráneo, en el Medio y el Lejano Oriente, ocupe importantes páginas en lo que será la historia del siglo xx".¹ Precisamente una década antes de que ocurrieran las revoluciones polaca y húngara de 1956, G. F. Kennan predijo levantamientos revolucionarios en el imperio soviético dentro de diez años. La base de su predicción era un conocimiento de la historia rusa y de la anatomía de los regímenes totalitarios.

La segunda cualidad digna de mencionarse en un repaso de filósofos y estadistas que hablan con una atemporalidad singular, es la suposición, que la mayoría de ellos hace, de que la

comprensión de los fenómenos políticos, internacionales o nacionales, es inseparable de una visión clara de la naturaleza humana. Esta opinión contraría a mucho del pensamiento actual. Los estudiosos de las ciencias sociales se inclinan a contestar que el hombre es un haz de impulsos contradictorios y que debe probarse y analizarse su conducta en forma experimental antes de poder decir algo. Al universitario le parecen unidades de estudio más manejables las instituciones y los procedimientos políticos. Y, sin embargo, la pregunta con que Reinhold Niebuhr inició las Conferencias Gifford en la primavera de 1939 nos persigue: "El hombre ha sido siempre el problema más irritante del hombre. ¿Qué pensará de sí mismo?" Éste es el punto de partida de todos los filósofos serios. Cuando Alexander Hamilton buscaba la causa del conflicto entre los estados, llegó a esta conclusión: "El presumir una falta de motivos para semejantes contiendas sería tanto como olvidar que los hombres son ambiciosos, vengativos y rapaces."³ Otros filósofos, que suponen al hombre inclinado por naturaleza a ser virtuoso y deseoso de cooperar, creen que de otro molde se ha vaciado el sistema internacional. Aun los escritores que proclaman carecer de prejuicios sobre el hombre, llevan una carga más pesada de presunciones de la que suponen; y el problema más grave surge de teorías acerca del mundo que se basan en una concepción disfrazada del hombre, y que por eso jamás se examina.

Una tercera condición de las teorías de los filósofos-profetas procede de su actitud hacia el progreso humano. Una opinión es la concepción de la Ilustración: la historia del hombre es esencialmente una espiral ascendente, en la que cada generación se hace más sabia, mejor y más próspera que la anterior. Los cristianos milenarios, los liberales y los marxistas liberales abogan por otra: para todos ellos es un artículo de fe que el hombre es perverso y depravado, pero que aguarda un suceso decisivo que traiga consigo "un cielo y una tierra nuevos". Los hombres han sido antes egoístas, rapaces y malvados; pero en un abrir y cerrar de ojos quedarán transfigurados de hombres mortales en miembros de una sociedad sin clases... ¡vaya progreso!

Pero todavía predomina más la teoría del progreso que contempla al hombre transformándose gracias a instituciones más novedosas y cuerdas. Adolf Harnack declara en *Essays on the Social Gospel*: "Es imposible ya la regresión, y que se avergüencen quienes la deseen." ⁴ La perniciosidad de este credo es menos obvia que la de otros credos deterministas; pero es tan engañoso, porque sugiere que el progreso espera a la vuelta de la esquina una carta de derechos, una constitución o un tribunal de justicia. Algunos de sus campeones norteamericanos presentaron a las Naciones Unidas como una organización que barrería con las alianzas, el equilibrio del poder y las amargas rivalidades entre los estados; en otras palabras, que esta novel institución crearía de la noche a la mañana una nueva conducta internacional. ¿Hasta dónde fueron profetas estos discípulos del progreso? Los despachos y encabezados de los periódicos dan la respuesta: La NATO, la SEATO, la Doctrina Eisenhower, el Pacto de Bagdad, el Pacto de Varsovia, el bloque Árabe-Asiático y los arreglos bilaterales de seguridad entre Estados Unidos y más de cuarenta países.

Debe uno apresurarse a añadir que el repudio de esas immoderadas ideas de progreso no significa una negación del progreso como tal. Lo que está en tela de juicio es el progreso concebido como perfectibilidad. La historia testimonia avances humanos importantes, a los cuales, sin embargo, desfiguran las retiradas y las regresiones. Por añadidura, resulta más frecuente que el progreso sea un paso a medias, un avance parcial que se acepta cuando la meta final está fuera del alcance. Ésta es una verdad que los hombres prudentes advierten, y con percibirla contribuyen al progreso.

En fin, las filosofías perdurables de la política internacional se apoyan en un concepto viable y realizable de la política. Ésta hace pasar al estadista por la prueba más rigurosa del escenario internacional; es ella la que exige un análisis y una generalización con sentido. Sin embargo, lo mismo en el escenario internacional que en el nacional, la política es objeto de calumnias, desprecios y ultrajes. Muchos de nuestros líderes no desean tanto comprender la política cuanto eliminarla. Un presidente norteamericano proclama que la política es

algo que no le interesa mucho, y otros contrastan los elevados principios del estadista con la baja estrategia del político. El profesor Cari Becker hace notar que “el término ‘política’ ha adquirido un cierto significado desabrido cuando decimos ‘juego político’, o ‘se trata sólo de política’. En las relaciones internacionales, el ‘juego político’, a veces llamado ‘el juego diplomático’, se ha transformado últimamente en algo más desagradable y hasta siniestro, al ser llamado ‘política de poder’.”⁵

Sin embargo, si la política es algo, ese algo es transacción, acomodamiento de intereses divergentes y reconciliación de pretensiones morales rivales. La política exige mayor vigor moral si los hombres han de mantenerse en el inseguro terreno en el que actuar puede ser obrar injustificadamente, en el que hay pocos o ningún absoluto, y en el que, desgraciadamente, sólo el éxito tiene la razón. Henry Ward Beecher hizo observar que la historia se apresura a recoger, no lo que de meritorio hace el hombre, sino lo que hace con éxito. El triunfo en política, como en los negocios, depende de la comprensión de sus principios o “leyes”, comprensión que han alcanzado los hombres cuyas predicciones suenan a ciertas; la falta de comprensión es la causa del fracaso de aquellos cuyas palabras son hoy día una necesidad.

Los Filósofos

Si fuera verdad que la palabra de algún mal escritor académico se encuentra en el fondo de esa política que acaba por forjarse en el foro público, no tengo por qué excusarme de estudiar la visión o el enfoque de los filósofos. Con frecuencia se acusa a los eruditos de vivir en torres de marfil y de divorciarse de las realidades que los rodean. Bacon dijo en su *On the Advancement of Learning*: “Los filósofos hacen leyes imaginarias para naciones imaginarias, y sus discursos son como estrellas que alumbran poco por estar muy altas”. Sin embargo, el académico de las universidades y colegios norteamericanos ha demostrado ser capaz de desenvolverse quizás más todavía que el hombre público. El profesor Bernard Bro-

die ha escrito: "Los estudiosos de la ciencia política han aprendido mucho en los últimos quince o veinte años. . . Hitler y la guerra que nos trajo fueron una gran influencia educativa en cuanto a los temas de la política y el uso del poder."

La trayectoria intelectual de los eruditos y filósofos norteamericanos del siglo xx debe trazarse a lo largo de cuatro caminos relativamente distintivos. Durante una fase, antes y durante la primera Guerra Mundial, los historiadores diplomáticos disfrutaban casi de un monopolio virtual. En lo que más descolló esta época fue en la gran exactitud histórica y la devota dedicación a los cánones de la historiografía. Los historiadores consideraron como su primer deber abjurar de toda tentación a generalizar sus observaciones tajante e incondicionalmente. Su único anhelo era presentar un relato con todos sus detalles, y, a la vez, con sencillez esencial. Este enfoque riguroso, objetivo y carente de un espíritu generalizador, se hizo a costa de renunciar a todo cuanto significara una teoría de las relaciones internacionales. Más aún, se le criticó que no daba a la opinión pública hitos para el entendimiento y la acción.

En consecuencia, durante la tregua entre las dos guerras, surgió una preocupación avasalladora por descubrir los medios de estudiar el presente inmediato. En lugar de las despreocupadas y muy especializadas técnicas de la historia diplomática, nació lo que ha sido llamado el enfoque de los acontecimientos del día. *The New York Times* fue la "biblia" para estudiar las relaciones internacionales, y la función del maestro, la de interpretar y explicar la importancia inmediata de los acontecimientos del día. Este enfoque trajo consigo una racha de interés popular que resultó, empero, prematuro, ya que desencasaba en cimientos débiles e inestables. En efecto, esta versión del saber colocaba al maestro en el papel de un pontífice e hizo de los especialistas apenas algo más que abogados defensores. Esto dio por resultado que el campo que pudiera haberse explotado a base de los estudios anteriores de la historia diplomática, quedara sin tocar en gran parte, y que el estudio del presente se hiciera sin la ayuda de los principios ordenadores que pudieron haberse derivado de la experiencia

pasada. Cada erudito se convirtió en el portavoz de su propia marca de legislación o de reforma internacional: unos discutían de memoria la disyuntiva entre el libre cambio y el proteccionismo; otros, una reforma monetaria internacional; los de más allá nuevas formas y medios de transformar la organización internacional. Pero ninguno trataba de relacionar los problemas políticos de la postguerra con las controversias de tiempos anteriores: haberlo hecho hubiera sido anticuado, y habría demostrado que el erudito no se ceñía a su época.

Aun líderes universitarios como el presidente Woodrow Wilson, prorrumpían en invectivas contra la idea de usar los estudios sobre el Congreso de Viena como antecedente de la Conferencia de Paz de París, según lo proponían los británicos. Se declaró fuera de orden la luz que Tayllerand o Metternich hubieran podido arrojar sobre la política exterior. El enfoque se convirtió apenas en algo más que un ejercicio diario al proponer y descartar cada grande o pequeño problema mundial según se presentaba. Además, la falta de un cimiento metodológico para estudiar esos sucesos condujo a una gran concepción estafalaria de lo que los estudios internacionales debían comprender. Todo lo extraño era pertinente, y en vano buscaba uno el principio ordenador.

Si alguna filosofía dominante dio durante esos años algún contenido al enfoque de los sucesos del día, así como sentido y propósito a la investigación, fueron el derecho y la organización internacionales. Este enfoque, que se inicia poco después de la primera Guerra Mundial, ofreció a sus discípulos dos metas. Los estudiantes iban a buscar los fines y los objetivos hacia los cuales tendería la sociedad internacional, y entonces, debían trabajar fielmente para alcanzarlos. No sin razón, la primera cátedra de política internacional, en la Universidad de Gales, se definió como "el estudio de esos problemas conexos del derecho y... la ética que surgieron del proyecto de la Sociedad de Naciones". Valiéndose del catequismo de las ideas y de una información acerca de la Sociedad, los estudiosos internacionales harían una acción educativa y transformadora. Los críticos habrían de decir sobre esta manera de pensar que en ningún otro campo los estudiosos se habían

dejado cautivar hasta ese grado de emoción y de esperanzado pensamiento.

Otra tendencia, que había comenzado a asomarse en los años inmediatamente anteriores a la segunda Guerra Mundial, se hizo prominente al concluir ésta. El estudio de la política internacional reemplazó el estudio de la organización internacional como el eje de las relaciones internacionales. Se enfocaron los problemas mundiales recurrentes, no con la mira de elogiarlos o condenarlos, sino de comprenderlos. El profesor Grayson Kirk, presidente de la Columbia University, dijo en un estudio publicado en 1947 bajo el patrocinio del Council on Foreign Relations, que en casi todo el país la política internacional era ya el campo central de estudio. Los estudiosos, en lugar de examinar la estructura y organización de la sociedad internacional, volvían su atención hacia las fuerzas y tendencias subyacentes que moldean y dan forma a la conducta de los estados.

La intención era estudiar la política internacional en la misma forma que la política interna lo había sido durante casi una generación. Del mismo modo que los estudiosos del gobierno y de la política de Estados Unidos habían avanzado del examen de la constitución y de los estatutos fundamentales a la política práctica y los grupos de presión, los estudios internacionales empezaron a preocuparse acerca de las tendencias ocultas de la política internacional de los diferentes estados y de las formas y técnicas mediante las cuales la política nacional de cada estado podía llegar a una transacción y un ajuste en el plano internacional. En lugar de principiar con la sociedad internacional, el nuevo sentido de investigación subrayaba el estudio de las metas y propósitos nacionales como un punto de partida lógico. Así como nadie imaginaría siquiera por un momento que la política en el escenario interior es un dato fijo, sino que ha de buscarse en el acomodo de la pretensión encontrada de los partidos políticos y de los grupos de presión, la política internacional, digamos dentro de las Naciones Unidas, vino a ser estudiada como la resultante de presiones y pretensiones de las naciones en el escenario internacional. Puede definirse brevemente la política internacional como el

estudio de las rivalidades entre los estados, y de las condiciones e instituciones que suavizan o exacerban esas relaciones.

Este enfoque de las relaciones internacionales no es, por de contado, producto de una sola cabeza ni siquiera de una escuela, comparable, por ejemplo, a la vienesa de teoría psicoanalítica. No está ningún Freud al centro, rodeado de críticos, intérpretes, glosadores y revisores. Las publicaciones como *The American Political Science Review*, *World Politics* y *The Review of Politics*, han dado ocasión a que surjan especialistas, pero los mejores escritores aparecen dispersos en publicaciones políticas y religiosas, populares y eruditas. Ha de admitirse el riesgo de reclamar para determinados estudiosos una contribución especial y de excluir a otros que pueden ser igualmente creadores y reflexivos. Sin embargo, debe decirse que unos cuantos han desempeñado un papel decisivo, aun cuando quizás no tanto como Keynes en la economía o Clausewitz en la estrategia militar. Sus antecedentes sorprenden por sus diferencias. Reinhold Niebuhr es teólogo; otro, Nicholas J. Spykman, un sabio que trabajó en esa oscura área donde las consideraciones geográficas y la política exterior chocan; y el último, un teórico de la política, Hans J. Morgenthau. El lazo que ata a este grupo es la preocupación por un estudio que incluya la teoría y la práctica de la política internacional. Por supuesto que otros se han preocupado por la metodología o por los problemas concretos en este campo. Unos cuantos pontífices y hombres experimentados, a los cuales me referiré después, se las han entendido con las cuestiones fundamentales. Sin embargo, el pequeño grupo que hemos singularizado se distingue por su atención al problema superior de preparar un marco general dentro del cual se enfoquen los problemas contemporáneos. Cada uno de sus miembros ha rechazado las comodidades y tentaciones seductoras de una sabiduría que se divorcia de los ásperos y tenaces problemas a los que se enfrentan quienes trazan las líneas de una acción política. Por ejemplo, puede decirse lo que estos hombres creen o han creído acerca de la guerra fría, de los objetivos soviéticos o de la organización internacional. Es sorprendente que muchos de sus contemporáneos se mantengan curiosamente callados res-

pecto de los problemas actuales; quizás se deba esto a una reacción a la reiteración inconsiderada con que antes se insistió en los sucesos del día, o, más posiblemente, a que la metodología abstracta resulta menos controvertible en esta época de conformidad.

El diplomático e historiador George F. Kennan ha llamado a Reinhold Niebuhr "el padre de todos nosotros". Los escritos de más de cuarenta años de este notable teólogo suman más de 1,500 artículos y reseñas de libros, y dieciséis volúmenes de importancia. En un campo que él llama de esparcimiento, ha editado un torrente de comentarios sobre los problemas sociales y políticos contemporáneos. El filósofo político John H. Hallowell, de la Universidad de Duke, capta superiormente la cualidad esencial de la contribución de Niebuhr en las siguientes palabras: "Porque 'suenan a verdad', los análisis del doctor Niebuhr producen el impacto que ha hecho en las mentes modernas. . . Nos atraen porque confirman lo que la historia y nuestra experiencia personal confirman. Hace explícito lo que hasta entonces habíamos sido incapaces de articular, pero que sentíamos ser la verdad." Niebuhr nos refiere que el desenvolvimiento gradual de sus ideas ocurrió, no tanto gracias al estudio, sino a la presión de los acontecimientos mundiales. Así como las hipótesis del hombre de ciencia se ajustan a los descubrimientos de la experiencia, los conceptos e ideas de Niebuhr han ido en consonancia con las lecciones de la historia contemporánea. *Moral Man and Immoral Society*, escrito al principiar la década de los treinta, significa una admisión del hecho y la experiencia, que lo obliga a abandonar el absolutismo cristiano. Nos cuenta que antes de la primera Guerra Mundial era "un joven que pretendía ser un optimista sin caer en el sentimentalismo"; al concluir aquélla y revelarse toda su tragedia, "me había convertido en un realista esforzado en salvarse del escepticismo". La verdad es que, por encima y más allá de su cautivadora habilidad para corregir su opinión a la vista de los acontecimientos, percibió con mucha anticipación la contienda entre las filosofías del realismo y el idealismo, así como los peligros y los excesos de los dos puntos de vista.

Quizás la contribución más importante de Niebuhr a la sustancia de la política internacional sean sus atrevidos, impertérritos ataques a las ilusiones más extendidas, como el concepto erróneo de que las instituciones transformarían la sociedad internacional. En el informe de la Comisión Consultora de Relaciones Exteriores del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales, el profesor Shotwell habla así: "surgen nuevas formas que... modificarán todas las relaciones de las naciones civilizadas". Otros vieron el milenio en la firma del Pacto de París de 1928, donde se renuncia a la guerra. Aun cuando el idealismo de Niebuhr culminó entre 1928 y 1935, idealismo cuya rápida declinación inició la Guerra de Etiopía, desde julio de 1929, cuando el Pacto de París entró en vigor, observó que dos de sus signatarios estaban violando sus principios: China se había apoderado del Ferrocarril Oriental Chino, cosa que precipitó el ataque de las fuerzas soviéticas. Niebuhr ha luchado tenazmente por rectificar los errores resultantes de confundir las proclamas con la política, los procedimientos con la política, la forma con las funciones y las promesas con la práctica.

Desde un principio declaró la guerra a la más funesta de todas las ilusiones, la visión liberal del poder, de acuerdo con la cual el poder o la fuerza era un arcaísmo, el último vestigio de la barbárica era feudal pre-industrial. Hasta una inteligencia tan supremamente dotada como la del presidente Woodrow Wilson, anhelaba la desaparición del poder de la escena internacional. No así Niebuhr, que se dedicó a observar como plano de nivel de la política la existencia del poder y sus conflictos, sus fuentes y modos de expresión, y los métodos por medio de los cuales podría hacerseles concordar con las exigencias del orden. Encontró que en la funesta concesión que la ética hace a la política, la coerción es un instrumento necesario de cohesión social, ya sea la coerción de las protestas de Gandhi contra la violencia en su marcha hacia el mar (para extraer la sal del océano y contrarrestar así las injusticias del impuesto sobre la sal), o la coerción en la violencia de la guerra entre patronos y obreros durante las primeras décadas de este siglo. Además, descubrió que el poder nunca se contiene

sólo por un acto voluntario de quienes lo detentan, sino creando frente a él otro que lo contrarreste. El reinado de la política es una zona crepuscular donde la ética y el poder se encuentran, y es en esta angustiada región en la que Niebuhr ha hecho sus embestidas más a fondo. Nadie puede escribir sobre estos problemas sin reconocer una deuda inmensa a esta mente privilegiada. Ocurre que los problemas más arduos a los que él y sus sucesores se enfrentan, surgen en la política internacional.

Nicholas J. Spykman, profesor que fue de Relaciones Internacionales en la Universidad de Yale, contribuyó tanto como cualquier otro estudioso de su generación a cimentar el pensamiento internacional en las realidades políticas. Llamó geopolítica a su enfoque, y escribió: "El hecho de que algunos escritores hayan desvirtuado el término geopolítica, no basta para condenar su método y contenido. Es, en realidad, un nombre adecuado a un tipo de análisis y un conjunto de datos que resultan indispensables para llegar a decisiones inteligentes en determinados aspectos de la política exterior."⁶ Se sintió obligado a separarse de Haushofer y sus partidarios, puesto que la defensa de una política no es un empeño científico, y fue aquí donde la escuela alemana se perdió.

Spykman vio en la geografía el factor primero que condiciona la política exterior, pero advirtió que ella no podía explicar todo, desde la cuarta sinfonía hasta la cuarta dimensión. El problema de la seguridad de un estado lo define su situación en el mundo y las relaciones que guarda con otros centros de poder, y, para asegurar su posición, una nación tenía que hacer "de la conservación y mejoramiento de su situación de poder... su primer objetivo". La sinceridad de Spykman fue tachada de "exceso de escepticismo" y de obsesión con la *realpolitik*; pero contestó: "... el poder tiene mala fama y suele condenarse su uso...", añadiendo: "... existe una tendencia, sobre todo entre determinados liberales y muchos de los que se llaman a sí mismos idealistas, a creer que no hay que hablar del poder en el mundo internacional, excepto para desaprobarlo moralmente". Sin embargo, concluye: "Los idea-

les y las visiones políticos que no se apoyan en la fuerza, parecen ayudar poco a sobrevivir.”⁷

La obra más importante de Spykman fue *American Strategy in World Politics*, publicada en 1942. No existe quizás en la literatura de la política internacional otra en que se presenten con mayor sistema los argumentos en favor del “aislamiento” y del internacionalismo. Spykman advirtió que los ingredientes de estas dos ideas políticas tenían una profundidad y una persistencia mayor de lo que en general se había supuesto, sobre todo entre quienes creían que era más bien fácil inculcarle al pueblo norteamericano un sentido internacionalista. Señaló, por ejemplo, que la tesis del aislamiento tenía aspectos emocionales y estratégicos. Emocionalmente, conmovía al pueblo y a las familias que, como emigrantes, habían vuelto la espalda a Europa y querían olvidar el Viejo Mundo. Ahora que las guerras y conflictos del resto del mundo habían llegado a su patria, se refugiaban en la doctrina consoladora de que ya no tenían por qué preocuparse de Europa. Eran, además, herederos de la regla de conducta que por cerca de dos siglos se había afirmado como única política exterior norteamericana viable. Cuando al principiar el siglo XIX la Gran Bretaña solicitó del Nuevo Mundo que interviniera para rehacer el equilibrio de poder en Europa, cuando otra vez se solicitó de Estados Unidos que participara en las dos conferencias de Marruecos y en la de Berlín, y una vez más en el debate acerca de la Sociedad de Naciones, surgió la controversia sobre si el orden y el equilibrio de Europa y Asia eran un interés vital de Estados Unidos. Los partidarios del aislamiento estaban dispuestos a ampliar su concepto de una zona de defensa del territorio nacional hasta el litoral del Caribe, y aun a todo el hemisferio Occidental. Pero flotan aún en el día de hoy los vestigios de la psicología de la Fortaleza Norteamericana, como lo demuestran ciertas actitudes respecto a la crisis en Europa.

La virtud y el equilibrio del enfoque de Sykman reside en su comprensión de que el fondo intelectual en que descansa un gran “bloque” del pensamiento internacionalista, no era mejor que el de la tesis del aislamiento. Sostuvo que en crisis

sucesivas, los internacionalistas más acérrimos "han sido aquellos que se inspiran en consideraciones idealistas. Algunos favorecían la participación porque eran pro-británicos; otros, porque en un período de guerra ideológica, los norteamericanos tenían una obligación moral de apoyar al pueblo cuya estructura social y política más se asemejaba a la de ellos".⁸ Pero pocos expusieron con claridad el argumento de que la primera línea defensiva de Estados Unidos reside en la conservación del equilibrio del poder en Europa y en Asia, no importa que la segunda línea caiga en el hemisferio Occidental.

Sypkman avanzó a estocadas contra una verdadera hueste de doctrinas populares. En 1942 sostenía: "El nuevo orden no diferirá en lo fundamental del antiguo, y la sociedad internacional seguirá funcionando dentro de los mismos módulos de poder. Será un mundo de política basada en la fuerza." Hizo esta advertencia a una nación ansiosa de librarse de la angustia de la política exterior: "Un equilibrio de fuerzas inherentemente inestables, siempre reemplazadas, siempre cambiantes, no es, en verdad, el módulo ideal de poder de la sociedad internacional. Si bien podemos deplorar sus defectos, acertaremos en recordar que es un elemento indispensable en un orden internacional que se funda en estados independientes." Y al examinar la seguridad colectiva, acerca de la cual surgen normalmente asuntos como la definición de agresión, una fuerza policíaca mundial y posiblemente un gobierno mundial, enunció un principio más fundamental: "cuando... las presiones dejan de ser iguales, las fronteras se mueven. El problema de la seguridad colectiva es el problema de igualar esas presiones; y si no se resuelve, el fenómeno de la expansión como tal seguirá presentándose". En presencia de todo lo que se habla acerca de un bravo mundo nuevo, advirtió: "La Historia es testigo de la constante reaparición de esas formas expansivas y de los módulos de conflicto, siempre recurrentes, que de ellas resultan, y no parece haber razón para suponer o esperar que esas pautas de conducta de los estados cambien o desaparezcan súbitamente." Sin embargo, esto no significa por necesidad que la política exterior de Estados Unidos tenga que ser esclava del pasado. "El criterio de una política sensata es

la inconformidad con el pasado, pero, al mismo tiempo, su viabilidad práctica actual. La guía para un programa de acción ha de ser, no la experiencia de casos selectos, sino la experiencia histórica general de Estados Unidos.”⁹

Vale la pena aludir a todo esto, al menos por dos razones. Primera, el nuevo enfoque de las relaciones internacionales, fundado en la experiencia general de los estados, es el que se acepta hoy día con mayor generalidad en el estudio de la política internacional. Más importante parece todavía que esas bases, en las cuales se apoya el pensamiento de Spykman, fueron las que le permitieron prever el futuro. Por ejemplo, en la época de buena disposición hacia los rusos, escribió: “Un estado ruso desde los Urales hasta el Mar del Norte no puede ser una gran mejoría sobre un estado alemán desde el Mar del Norte hasta los Urales.” Más atrevida todavía fue esta afirmación, hecha durante la segunda Guerra Mundial: “En el curso de una generación hemos acudido dos veces en ayuda de la Gran Bretaña para que esa pequeña isla, apenas separada de la costa, no tuviera que hacer frente a un solo estado gigantesco que dominara la costa opuesta del continente. Si se ha de conservar el futuro equilibrio del poder en el Extremo Oriente. . . , Estados Unidos tendrá que adoptar una política protectora semejante con Japón.” Y en medio de una era de cálidas relaciones chino-americanas, él vio en una China de 450 millones de gentes, moderna, vivificada y militarizada, “una amenaza no sólo para Japón, sino también para las potencias occidentales. . .”. Tampoco consoló a quienes deseaban la destrucción total del poder alemán, deseo que hemos acabado por lamentar. En una aseveración —calificada por un crítico de la conclusión imaginable más sorprendente— Spykman insistió: “Es indudable que el actual esfuerzo militar se endereza a destruir a Hitler y al Partido Nacional-Socialista, pero esto no supone por necesidad que busque la destrucción de Alemania como potencia militar.”¹⁰ Y coloca estas predicciones dentro de un marco nacional al agregar que el encanto de la política del poder radica en que uno no necesita hastiarse de sus amigos. Por tanto, en Spykman se encuentra, por lo menos, un toque de esa cualidad de profecía política que se hermana

con las de otros de la civilización occidental que vieron el futuro a la luz de una concepción más general acerca del hombre y la política.

Para terminar, acudimos a otro erudito que, en el más liberal sentido intelectual, contribuyó a la cimentación de la política internacional, a Hans J. Morgenthau, director del Centro de Estudios de la Política Exterior Norteamericana de la Universidad de Chicago. Como pertenece a una generación posterior a los que he mencionado antes, es más difícil apreciar su contribución, además de hallarnos demasiado próximos a su obra para hacerle justicia. Pocos, o ninguno de sus contemporáneos, han elaborado su filosofía con igual fuerza, derecho y claridad. Morgenthau se da cuenta cabal del dilema moral al que se enfrenta el estudioso de los problemas sociales por ser al mismo tiempo juez y parte en la escena social. Al pasar por esa experiencia, Morgenthau ha demostrado un valor moral sin rival. Ha eludido la tendencia popular, la solución fácil, la inocua banalidad. Si hemos de citar al decano de Harvard, McGeorge Bundy, Morgenthau "admite a todos los que llegan" en un debate continuo sobre la naturaleza del hombre, de la política y de los principios de la política exterior. Por el valor y la claridad que distinguen su obra, quienes rebaten sus opiniones han podido volver a percibir los puntos que deseaban discutir con él. La verdad es que mucha de la literatura sobre política internacional de los últimos años es diálogo, explícito o no, entre "Morgenthau y sus críticos", como se llamó un debate habido en 1955 durante la reunión anual de la Asociación Norteamericana de Ciencias Políticas.

Puede ser útil el revisar rápidamente los rasgos más salientes de su filosofía. El primer documento importante en que expresó su filosofía es *Scientific Man versus Power Politics* (1946). Se han publicado otros estudios sobre el tema de la "ciencia no puede salvarnos", pero pocos, o ninguno, han afianzado con tanto éxito el importante problema de la existencia social del hombre. Por un lado, Morgenthau objeta la opinión dominante de que puede estudiarse la conducta política por la simple adopción de los métodos empleados en las ciencias naturales. Revisa el método científico y demuestra que la

concepción de la ciencia a la que las ciencias sociales tratan de imitar, la repudian los científicos actuales, porque la ciencia moderna tal como la consideran hombres como Eddington y Jeans, es una ciencia indeterminada que considera las contingencias y accidentes del mundo natural. Por tanto, el que se imponga a las incertidumbres de la política un mundo racional y predecible, es tan dudoso en el campo social como la premisa paralela lo es en el físico.

Por otro lado, Morgenthau postula una sociología de la política en que se rebaten y se descartan los absolutos morales y las soluciones avasalladoras. Los hombres que se meten en la política buscan el poder y antagonizan con otros empeñados en la misma tarea. Utilizan justificaciones morales para velar sus aspiraciones, y así sublimar y avivar la lucha. Las instituciones constitucionales y ciertas normas de general aceptación limitan los conflictos internos o nacionales; y quienes fracasan hoy, pueden tener éxito mañana. En la sociedad internacional son mayores la incertidumbre, el desorden y el conflicto irrestricto. En los tiempos anteriores a la segunda Guerra Mundial, naciones como Checoslovaquia, Etiopía o Francia, tenían poca seguridad de que sus intereses fueran protegidos y conservados; en el día de hoy, Egipto e Israel, y hasta Gran Bretaña y Francia, están frente al mismo problema. En consecuencia, la brutalidad y las rivalidades de las naciones egoístas —egoístas porque su supervivencia peligra— confunden a los racionalistas y reformadores que se empeñan en eliminar las rivalidades de poder entre los estados por medio del libre cambio universal, las sanciones internacionales y el desarme mundial.

Si *Scientific Man* ofreció un plano para levantar una teoría sistemática de la política mundial, entonces *Politics Among Nations* (1948) nos dió el edificio completo. Este libro fue el resultado de veinte años de reflexión y estudio; según palabras del autor, emprendió un ataque frontal contra "la forma en que la falsa concepción de la política exterior, aplicada por las democracias occidentales, conducía inevitablemente a la amenaza y a la realidad del totalitarismo y la guerra".¹¹ El libro quería postular, sobre todo en la forma en que lo

hizo la segunda y la tercera ediciones (1954, 1960), una teoría realista de la política internacional. Intenta proporcionar al estudioso de la ciencia política un punto focal que diferencie sus investigaciones de las del economista, el abogado o el moralista. Se propusieron al estudiante de la política internacional como conceptos ordenadores el interés y el poder. Como ejemplo del enfoque peculiar de este tratamiento, Morgenthau cita este hecho histórico:

La Unión Soviética atacó en 1939 a Finlandia. Esta conducta obligó a Francia y a la Gran Bretaña a enfrentarse con dos problemas, uno legal y otro político. ¿Violaba esa acción el Pacto de la Sociedad de Naciones, y si lo violaba, cuáles eran las medidas que Francia y Gran Bretaña podían tomar para contrarrestarla? La cuestión legal podía fácilmente ser contestada por la afirmativa, pues era evidente que la Unión Soviética había hecho lo que el Pacto prohibía. La respuesta a la cuestión política dependía, primero, de la forma en que la acción de Rusia había afectado los intereses de Francia y de la Gran Bretaña; segundo, de la distribución de poder existente entre Francia y Gran Bretaña, por un lado, y entre la Unión Soviética y otras naciones potencialmente hostiles, sobre todo Alemania, por el otro; y tercero, de la influencia que las medidas para contrarrestar la acción pudieran tener sobre los intereses de Francia y Gran Bretaña y la futura distribución del poder. Francia y Gran Bretaña, como los miembros salientes de la Sociedad de Naciones, se encargaron de que la Unión Soviética fuera expulsada de ella, y lo único que les impidió unirse a Finlandia en la guerra contra la Unión Soviética fue la negativa de Suecia a permitir que sus tropas pasaran por territorio sueco al dirigirse a Finlandia. Si esta negativa no las hubiera salvado, Francia y Gran Bretaña se hubieran visto al poco en guerra con la Unión Soviética y Alemania al mismo tiempo.¹²

El legalista, frente a este problema, subordina otras consideraciones al derecho. El estudioso de la ciencia política, pre-ocupado con otra norma de conducta, tiene que subordinar todos los aspectos a la conveniencia y al poder. Ni aquél ni éste suponen que la suya es la única verdad; pero cada uno de ellos trata de comprender un asunto ordenándolo en la forma que le parece más pertinente. Ese ejemplo va muy lejos en cuanto a proporcionar el patrón intelectual más apropiado para enfocar el semi-anárquico orden internacional.

Morgenthau trata de aplicar este concepto general de las relaciones internacionales a la política exterior norteamericana. Su libro *In Defense of the National Interest* (1950) es un ensayo para demostrar que toda política exterior feliz debe fundarse en el concepto racional de la conveniencia nacional. Los escritos de Morgenthau sobre política exterior están diseminados en las publicaciones de la última década, de modo que el interesado en ver cómo aplica su teoría en la práctica tiene que consultar un buen número de fuentes.*

Los Pontífices

Los universitarios no fueron los únicos que transformaron el pensamiento norteamericano en cuanto a la política exterior. Hay que conceder a los pontífices y a los periodistas, por lo menos, un reconocimiento y una responsabilidad iguales. Los universitarios analizan, sintetizan y sistematizan los hábitos y las ideas de su oficio para crear sistemas coherentes, llámense leyes de la economía política o principios de la política. Los periodistas, con muy escasas excepciones, están demasiado ocupados para formular sus convicciones, pero a veces poseen lo que Lord Bryce llamaba "el arte de cogerlas al vuelo", o la maña de sacar ventaja "de pequeños indicios, como el marino viejo descubre, antes que el hombre de tierra, las señales de una tormenta".¹³ Y un hombre extraordinario puede acomodar esas impresiones inquisitivas en un cuadro más general.

Como es de suponer, entre los observadores contemporáneos más destacados se cuenta Walter Lippman, quien durante casi toda la primera mitad del siglo xx ha sido la conciencia intelectual de quienes trazan la política norteamericana, acusándolos en cuanto se apartan de los principios elementales de la política exterior. Ayudante del secretario de la Guerra Newton D. Baker, y secretario de Investigación, que redactó e interpretó los Catorce Puntos de Wilson, consejero frecuente de presidentes y diplomáticos, Lippman ha tenido una carrera intelectual larga, rica y variada.

* Veinte y cuatro de ellos han sido publicados en un libro: *Dilemmas of Politics*, por la Universidad de Chicago (1958).

Durante la primera Guerra Mundial escribió protestando contra la ingenuidad de los programas de paz de Inglaterra y Estados Unidos: los creía hijos de la desesperación y la angustia, y víctimas de la ilusión de que la solución a los problemas de Europa podía encontrarse postulando simplemente lo contrario a las fuerzas que despedazaban a la sociedad.

Lippman, sobre todo en sus primeros escritos, titubeaba más que los filósofos antes mencionados al generalizar acerca de la naturaleza humana. Se daba cuenta de que al soldado en guerra se le exige todo, hasta la vida, a cambio de pagársele tan sólo un dólar diario. No hay quien se imagine que pudiera ser mejor soldado gracias a estímulos económicos. Aquí desaparece el motivo económico como factor de la naturaleza humana. Pero existe también el negociante, que pesca un contrato en tiempos de guerra y recibe una muy hermosa ganancia, bien superior a sus costos. Pocos se atreverían a sostener que su producción de municiones sería igual si se le restara el incentivo económico. El código patriótico supone una naturaleza humana, y el código mercantil otra. Según palabras de Lippman:

Esta es una de las razones por las cuales resulta peligroso generalizar acerca de la naturaleza humana. Un padre amante puede ser un patrón áspero, un ardiente reformador municipal y un rapaz patriotero en el extranjero. Su vida de familia, su carrera de negociante, su política interior y la exterior descansan en diferentes versiones de lo que son los otros y de cómo debe él actuar.¹⁴

Faltaba que Lippman demostrara en sus escritos posteriores que, a despecho de la inmensa variedad de códigos de conducta y comportamiento que esas acciones evocaban, existían, sin embargo, algunos impulsos comunes, tales como la ambición del poder y el agradecimiento, que les daban sentido.

Sin embargo, su penetración en la naturaleza humana, si bien sugestiva, no era convincente, porque este campo tan vasto cae más bien en el dominio del filósofo político. Lippman no ha desarrollado un pensamiento sistemático y comprensivo; no ha hecho sino abrir unos cuantos surcos, pero

han sido anchos y profundos. Uno de ellos se presenta en el terreno de la diplomacia, su naturaleza, sus exigencias, sus reglas y problemas. Algunos críticos atribuyen a Lippman un concepto demasiado estrafalario de la función y las posibilidades de la diplomacia; lo tachan de parcial en favor de la negociación como alternativa de la guerra. Sin embargo, en una cultura constantemente tentada a emplear casi cualquiera otro recurso en vez de la negociación, Lippman reconocería sin duda que ésta ha resistido en una gran medida la prueba del tiempo. Los norteamericanos, más que otros grupos nacionales, han visto con ojo avinagrado la tradición diplomática. Lippman, tal vez más que ningún otro filósofo o pontífice, se ha opuesto a la tendencia dominante. De su pluma han fluido constantemente ideas sobre la diplomacia saturadas por la experiencia y maduras por el tiempo. A principios de 1915 escribió: "Todo este asunto de hacer trampas para lograr una posición parece tan tonto a primera vista, que muchos liberales consideran la diplomacia como un híbrido de conspiración siniestra y vacua etiqueta." Sin embargo, los liberales olvidan que son reales las cosas que le van a uno en la diplomacia, sean bases estratégicas, aliados de confianza o influencia en áreas emergentes. Lo que convierte un territorio en problema diplomático es la combinación de recursos naturales, bajos salarios, mercados, desamparo y gobierno corrompido e inepto. Otras naciones pelearán por él y tratarán de organizarlo para el futuro. En 1945, el problema no era ya luchar por dominar las áreas subdesarrolladas, sino asociarse a las nuevas nacionalidades. Al repasar los problemas que han plagado el mundo sitiado de la postguerra, sorprende la insidencia de ellos en áreas poco desarrolladas: Corea, Indochina, Siria, Egipto, Indonesia e Irán.

Lippman está convencido de que la negociación es la esencia de la diplomacia, y que la tragedia de nuestro tiempo es la conjura de una multitud de fuerzas que hacen las negociaciones infinitamente más difíciles. Hoy día, todo documento o nota diplomática ha de prepararse pensando en su publicación, y el negociador debe considerar no sólo lo que él dice, sino también lo que la gente creerá que dijo y la reacción que

producirá en ella esa creencia. La incertidumbre acerca del apoyo con que pueden contar, constriñe a los delegados y plenipotenciarios, y en el caso de los de Estados Unidos, se añade el hospedamiento del público. Una tara verdadera pesa sobre los representantes de países democráticos cuando negocian con representantes que gozan de la autoridad completa de un estado totalitario.

El problema se agrava todavía cuando una democracia sujeta deliberadamente a sus líderes, y sobre todo al jefe del poder ejecutivo, a restricciones que los paralizan. "Nuestra experiencia histórica en tiempos de crisis debiera habernos demostrado que esperamos que al reclutar un ejército o prepararnos para una lucha mundial, un Lincoln, un Wilson o un Franklin Roosevelt harán mejor lo que necesitábamos sin decirles cómo debían hacerlo. Preferimos 'confiar en el Presidente' a convocar al Congreso en la crisis del *Lusitania*, y ha ocurrido igual siempre que la intrincada obligación de hacer la guerra o la paz ha demostrado plenamente que la flexibilidad de una cabeza es superior a la inercia de muchas." Los norteamericanos jamás quisieron atribuirle a un solo hombre tanta importancia; siempre han creído que existía un control democrático de la política exterior, pero de poco tiempo a esta parte han confiado mucho en el Ejecutivo.

En 1955 no estaba muy seguro de la aceptación de sus principios. Habla de la enfermedad de los estados democráticos y hace advertencias sobre la parálisis de los gobiernos. Descubrió que uno de los orígenes del creciente desorden en la sociedad Occidental era la usurpación gradual que hacían las legislaturas de las facultades del poder ejecutivo. Las democracias sin directores reaccionan ante los acontecimientos, pero no los dominan, y de nada sirve "pensar mal de los políticos y hablar con aliento entrecortado de los electores. No debe circundarse con halo divino al pueblo, como antes no debieron serlo los reyes".¹⁵ En el siglo xx ha ocurrido un desbarajuste funcional en las relaciones del pueblo con el gobierno: "El pueblo ha adquirido un poder cuyo ejercicio es incapaz de hacer, y los gobiernos a los que elige han perdido facultades que tendrán que recuperar si han de gobernar."¹⁶ Nuestra catástrofe histó-

rica es ésa, y quizá sea ella la causa principal de la falla alarmante de las democracias liberales para enfrentarse a las ásperas realidades de este siglo, así como de una influencia y una confianza en sí mismas en decadencia. Lippman parece en los últimos años menos optimista sobre la posibilidad de contrariar esta tendencia. Se había proclamado que el gobierno popular era el mensajero de la paz; en vez de esto, medio mundo parece ahora negar o desesperar de la democracia. Las asambleas populares, nacionales o internacionales, recorren la gama de la apatía a la pasión belicosa. A veces, parecen proféticas las palabras del *Leviathan* de Hobbes: "Porque las pasiones de los hombres, que dispersas parecen moderadas, como el calor en una brasa, juntas son como muchas brasas que se inflaman unas a otras, sobre todo cuando se inflaman unas a otras con discursos." Lippman ha recapacitado sobre estos sucesos al proponer su filosofía en más de veinte volúmenes. No encuentra sino una respuesta, si bien provisional, que se basa en el aforismo de Jefferson: "el pueblo no es capaz de ejercer por sí mismo la rama del poder ejecutivo, aun cuando lo es para designar a la persona que ha de ejercerlo". Tomándolo como un punto de partida burdo, Lippman halla los verdaderos límites del poder del pueblo en su capacidad de otorgar o retener consentimiento: "consentimiento para lo que el gobierno le pide, le propone y hace al dirigir sus asuntos. El pueblo puede elegir el gobierno, puede cambiarlo, aprobar o desaprobar su actuación; pero no puede administrar el gobierno", y, sobre todo, las relaciones exteriores.

Yo no sé si otros prominentes escritores o pontífices, como James Reston, los hermanos Alsop, Eric Sevareid o Edward R. Murrow, aceptarían esta interpretación de la organización de Estados Unidos. Sospecho que ellos conceden mayor importancia a las facultades del congreso. Sin embargo, de una manera más general, ellos, como Lippman, han ejercido una influencia apreciable en moldear la opinión acerca de la política internacional. Reston, sin tratar de estructurar del todo una teoría, ha contribuido más a estimar las fuerzas nacionales e internacionales que determinan la política exterior. En sus despachos periodísticos se halla el esquema de una

visión más amplia acerca de la naturaleza de la política mundial. Descubre las mismas aprehensiones de Lippman, Spykman o Morgenthau acerca de las declaraciones públicas como sustitutos de una política concreta, o de los debates de propaganda en lugar de las negociaciones, así como el olvido de los intereses vitales de la nación. Sea que se considere a sí mismo como un exponente del punto de vista de la política internacional, la verdad es que ha contribuido tanto como cualquiera otro norteamericano para inducir a sus conciudadanos a pensar acerca de las realidades de la política exterior tal y como son hoy día.

Los que Proyectan la Política

Finalmente, al trazar la evolución del pensamiento norteamericano sobre la política exterior, no es posible pasar por alto el papel de ese notable grupo de hombres que formó el Personal de Planeación Política en sus primeros y más activos años. Creado en 1947 por el general Marshall, como primera oficina autorizada del Departamento de Estado para hacerse cargo de estudiar problemas desde el punto de vista del interés total de Estados Unidos, ha legado un cuerpo doctrinario que fortalece la corriente principal del pensamiento académico sobre la política mundial y la amplía con nuevas dimensiones propias.

Las obras de George F. Kennan, Paul H. Nitze, Louis J. Halle, C. B. Marshall y Dorothy Fosdick, llevan consigo el prestigio y la autoridad del practicante a quien no puede hacerse a un lado fácilmente como un tejedor de teorías refugiado en el santuario del claustro académico. Las escribieron hombres y mujeres que han estado en la línea de fuego. Este grupo sintió desde el principio la necesidad de "un cuerpo doctrinario susceptible de aplicación", y trató de crear una "base teórica que afianzara el manejo de nuestras relaciones exteriores". A continuación, destacándose del trasfondo de estos principios, intentaron apreciar tanto los sucesos del día como los conceptos dominantes que habían guiado a los estadistas de las recientes décadas. Así, el Personal de Planeación Política creó

un enfoque propio de las desconcertantes y tenaces complicaciones de la política exterior, basada en ciertos elementos comunes que se deslizan como hilo conductor a través de las opiniones individuales de este talentoso grupo. En mis lecturas descubrí por lo menos cuatro que llamaron mi atención.

El primer elemento común es de una naturaleza esencialmente negativa. Descansa en la proposición de que no existen, o hay pocos absolutos en la política internacional. Lord Acton advertía ya: "Un principio absoluto es tan absurdo como el poder absoluto"; de allí su consejo: "Cuando adviertas una verdad, busca la verdad equilibradora." Su filosofía resulta singularmente apropiada a la política exterior, porque cuando nuestros diplomáticos y estadistas están tratando con un país extranjero, su papel es, cuando mucho, marginal. Pueden ayudar o animar tendencias latentes que existen en territorio extranjero, pero llevarlas a su término toca a quienes son los responsables más cercanos de los asuntos del otro país. Por demás está decir que esto choca con ciertos sentimientos fundamentales de los norteamericanos. Es muy tentador proclamar que este acongojado mundo podría librarse de todos sus conflictos tan sólo con que los pueblos adoptaran por doquiera las instituciones políticas que han sido forjadas en el fuego de la experiencia nacional de ellos: "La tesis wilsoniana fue... que, desde el momento en que el mundo no daba ya seguridades a la democracia norteamericana, el pueblo de Estados Unidos estaba llamado a hacer una cruzada que hiciera del mundo un lugar seguro para la democracia norteamericana. Para conseguirlo, los principios de ésta debían ser hechos universales en el mundo." ¹⁷

Pero no existe en absoluto un estado que sea el mejor para todos los pueblos. Debemos recordar las palabras de De Tocqueville acerca de Estados Unidos, escritas en 1831: "Mientras más veo este país, tanto más me siento penetrado de esta verdad: no existe nada absoluto en el valor teórico de las instituciones políticas, y casi siempre su eficacia depende de las circunstancias originales y de condiciones sociales del pueblo al cual se aplican." Las formas en que los pueblos avanzan hacia tipos de gobierno más ilustrados constituye el más

hondo proceso de la vida nacional. Esto limita las acciones en la jurisdicción de otro estado. La creencia en la omnipotencia de Estados Unidos es apenas una muestra de la lastimosa tendencia de muchos norteamericanos a pensar en absolutos. Según las palabras de Marshall: "Nos olvidamos de que las otras naciones no son furgones que pueda desviar de un lado para el otro una locomotora norteamericana; olvidamos que la sola legislación no puede asegurar el éxito del logro; olvidamos que en nuestros tiempos la victoria no es paz, sino únicamente un preventivo de la derrota, y, sobre todo, nos inclinamos a olvidar que la única certidumbre en los asuntos humanos es la incertidumbre, y que los proyectos y la política deben ser hacederos y flexibles." Los miembros del grupo se unen para protestar por esos errores y advertir, según las palabras de Kennan: "Debemos ser jardineros y no mecánicos en el tratamiento de los asuntos mundiales."

Un segundo elemento común en los planeadores de la política es su descontento general con las ideas dominantes de la segunda y tercera décadas de este siglo y con hábitos más recientes todavía. Los dogmas dominantes de aquellos años concebían la política del poder y el equilibrio del poder como males de los cuales brotaban las guerras. Fundando sus acciones en los conceptos de los universitarios de los años treinta, los vencedores de la segunda Guerra Mundial trataron de reemplazar el equilibrio del poder con promesas solemnes y una imponente organización política. Se sacó la conclusión de que podía dividirse a los estados en agresores y amantes de la paz, como en tiempos más recientes se ha intentado distinguir entre naciones respetuosas y naciones contraventoras de la ley. Halle ha observado mordazmente: "Ahora nos parece extraño, aunque a nadie escapa su lógica, que Alemania, Italia y Japón hayan sido llamados los estados agresores, y que la Unión Soviética, en nuestra compañía y en la de China, fuera tenida como una de las potencias amantes de la paz. Fundándonos en esta persistente negativa a considerar el equilibrio del poder como bueno o necesario, cooperamos con la Unión Soviética para crear los "vacíos de poder" alemán y japonés a uno y otro lado de ella, de manera que, mientras nosotros confia-

damente desmovilizábamos nuestras fuerzas, ella procedía a extender su poder. Otra vez nos dimos cuenta de nuestro error a última hora, y hemos tratado de conducir desde entonces a nuestra civilización Occidental, en un desesperado esfuerzo, hacia la restauración del Equilibrio del Poder que acostumbrábamos vituperar.”

Existieron, sin duda, algunos espíritus osados como Mahan y Spykman que trazaban nuevos senderos hacia un análisis más profundo de las fuentes de la seguridad norteamericana; pero formaban un grupito muy reducido y sus esfuerzos siguieron prendidos en el aire de la historia: “un brote aislado de actividad intelectual contra el trasfondo de un torpor y una presunción generales del pensamiento norteamericano acerca de los asuntos exteriores”.¹⁸ Se alimentaba la ilusión de que otras gentes eran tan norteamericanas, o, más precisamente, norteamericanos a quienes les había dado por llevar barba; que los otros compartirían nuestros valores y pronto adoptarían nuestras instituciones; que unos cuantos planes precisos para el desarme universal o el repudio de la guerra conseguirían para el mundo lo que nuestras leyes fundamentales habían hecho por nosotros, y que otros reconocerían, como antes lo habíamos hecho nosotros, que podrían alcanzar la mayor parte de sus metas sin recurrir a la fuerza, y que, por tanto, aceptarían la congelación del *status quo*. Supusimos que el concepto anglosajón del derecho sería tan fácil de aplicar a los estados como lo era a los individuos en nuestro país.

Los conceptos e instituciones norteamericanos eran en parte largueza de la historia, y ésta es una de las razones por las cuales los norteamericanos se inclinan tan curiosamente a creer que pueden trasplantarse con facilidad. Nosotros no lo inventamos, pues, como dice De Tocqueville, los norteamericanos “nacieron libres sin tener que hacerse libres”. La nación se salvó de muchas luchas inherentes a las ideas nuevas, porque la mayor parte de nuestros principios elementales habían sido abandonados a sus propios recursos, y cuando la metrópoli intentó restablecer su papel director, las costumbres de independencia y libertad habían sido firmemente implantados. Pocas o ninguna de las antiguas zonas coloniales cuentan hoy

día con la bendición de una tradición tan rica, ni se puede señalar una organización jurídica y política que se apoye en los escritos de hombres como Locke, Rousseau y Montesquieu. ¿Es entonces extraño que algunos norteamericanos hayan juzgado mal los problemas y dificultades de crear un gobierno elegido libremente, responsable y restringido?

Un tercer lazo unió a los primeros miembros del Personal de Planeación Política: su actitud respecto al progreso. Su punto de vista es un contragolpe sin ambages a la resonante convicción de la mayoría de los norteamericanos. Woodrow Wilson hablaba por su época cuando proclamó que principios universales de la humanidad suplantarían a los fines egoístas nacionales. Anunció la "lenta y penosa lucha hacia adelante, hacia adelante, hacia arriba, hacia arriba, poco a poco, a lo largo de la cuesta del interminable camino". Algunos de sus herederos, menos rectos o menos escrupulosos acerca de la verdad, han echado a un lado la estorbosa noción de que el progreso ha de ser lento y penoso. El notorio fracaso de los recientes acontecimientos para concordar con esta entusiasta y pulcra teoría, parecen invitar cuando menos a un llamado a cuentas más juicioso. En todo caso, cuando la historia se aparta radicalmente de una teoría, es costumbre reformular la teoría. ¡Pero no ha sido así en este caso! Si la historia ha rehusado obstinadamente acomodarse al recto patrón del progreso, la culpa debe ser de los errores de un estadista traidor, del engaño de Yalta, Munich o Versalles. Si no fuera por un hombre o una nación malvados, el intento de ascender proseguiría. Según los "planificadores", todos y cada uno de estos conceptos de progreso y perfectibilidad humanos descansan en cimientos movedizos y están muy lejos de la realidad.

El cuarto factor unificador compartido por la pequeña partida de practicantes teóricos es su pasión por la historia. Algo de su compulsión a ser historiadores parte de su inquietud frente a las anteriores interpretaciones. Los estudiosos y los estadistas del interregno entre las dos Guerras, dieron por supuesto que la historia del mundo de Talleyrand y de Bismarck era una venerable tradición. Si por acaso recurrían a la historia, lo hacían con una tendencia a utilizarla como un marca-

dor que registraba la curva ascendente de las instituciones y la conducta internacionales, un empleo de la historia "que soslaya y pasa por alto la mitad de los hechos y la mitad de las dificultades", provocando así que otros pongan las cosas en su lugar. La Historia es la mejor maestra, pero no se encuentran sus lecciones en la superficie. Por eso son eminentemente útiles, por ejemplo, los sondeos hechos por C. B. Marshall en los orígenes del "aislamientismo", o por Kennan acerca de los propósitos nacionales originales de Estados Unidos, o por Halle en el caso de la civilización nacional y la política exterior. El Occidente tiene una larga experiencia histórica, exige estudio y reflexión, y no se pueden desairar las historias particulares sin un grave peligro futuro. Me ha impresionado en los escritos de estos hombres la recurrencia de este tipo de pensamiento: "Aquí, en el problema soviético, tenemos la mayor necesidad posible de una amplia perspectiva histórica."¹⁹ Pero ésta no es historia por la historia, sino aquella otra que procede de la preocupación por los problemas de la política exterior, y de allí que tenga un enfoque peculiar, individual. Por ejemplo, un partidario de este enfoque, al escribir acerca de un estadista, no se siente obligado a contar todo cuanto le concierne: sus buenas intenciones, su cortesía, su vida social, sus antepasados y herederos, además de las consecuencias de su política y sus propósitos. Consideraría sus tendencias y estados anímicos como temas pertinentes de estudio sólo cuando afectan al manejo de su política exterior. Esto puede perturbar al historiador profesional que desearía, digamos, que todos los detalles personales e institucionales que rodean el Pacto de París fuesen expuestos; Kennan, en cambio, cree que la guía de la investigación la da la tendencia general de los estadistas norteamericanos de hacer frente a los problemas internacionales concretos con fórmulas legales.

El quinto lazo que une a esos hombres —de quienes ha dicho el ex-secretario de Estado Dean Acheson que "enriquecerían incomparablemente cualquier ministerio de relaciones exteriores del mundo"— es su esfuerzo común para entenderse ellos mismos, a su país y al mundo exterior. Ven en la política exterior un asunto realista enfocado hacia la naturaleza

del hombre y de la política, así como del mundo tal como lo encontramos. Según palabras de Mr. Halle:

Debemos tener una comprensión tan sagaz de nosotros mismos como de nuestro medio ambiente. Estas exigencias no se satisfacen al mostrar el mundo exterior en su sórdida realidad, con todas sus arrugas, cicatrices y verrugas, y a nosotros en impecable mármol.²⁰

Las contradicciones... son inherentes a la naturaleza del hombre, ese centauro moral, mitad bestia y mitad dios, que encierra en su ser, sin que llegue a resolverse, la lucha entre el bien y el mal.

Los miembros del Personal de Planeación Política, a diferencia de muchos estudiosos de las ciencias sociales, se apegan a una concepción más o menos explícita de la naturaleza humana. Según Halle, es la "del hombre en que se basa nuestra civilización... de una bestia con alma, una criatura que en sus nueve décimas es bestia y en una décima parte divinidad, y cuya misión es dominar al elemento animal y alcanzar sus posibilidad divinas".²¹ Según la tradición cristiana, el bien es en el hombre una chispa de luz en las tinieblas, y la misión de la humanidad es hacer crecer esa chispa. El advertir que este concepto está sujeto a la prueba de fuego animal todo este examen; pero es impresionante que un grupo con una visión clara de la verdadera naturaleza de la política, arranque de esta histórica visión del hombre, tan diametralmente opuesta a la Ilustración, el darwinismo, el freudismo y el marxismo. Todavía más impresionante es la unificación de filósofos, pontífices y planificadores a este respecto.

N O T A S

1 A. L. ROWSE: *The Uses of History*, 1946; pp. 26-7.

2 Reinhold NIEBUHR: *The Nature and Destiny of Man: A Christian Interpretation*, Vol. I, 1945; p. 1.

3 M. BELOFF (ed.): Alexander Hamilton, James Madison y John Jay: *The Federalist*, 1948; p. 20.

4 Adolf HARNACK and Wilhelm HERRMANN: *Essays on the Social Gospel*, 1907; p. 7.

- 5 Carl L. BECKER: *How New Will the Better World Be?* 1944; p. 76.
- 6 Nicholas J. SPYKMAN: *The Geography of Peace*, 1944; p. 7.
- 7 *Ibid.*, p. 3.
- 8 Nicholas J. SPYKMAN: *America's Strategy in World Politics*, 1942; pp. 3-4.
- 9 *Ibid.*, p. 7.
- 10 *Ibid.*, p. 460.
- 11 Hans J. MORGENTHAU: *Politics Among Nations* (2nd ed.), 1954; p. 7.
- 12 *Ibid.*, p. 11.
- 13 James BRYCE: *Modern Democracies*, Vol. I, 1931; p. 156.
- 14 Walter LIPPMAN: *Public Opinion*, 1946; p. 93.
- 15 Walter LIPPMAN: *The Public Philosophy*, 1956; p. 14.
- 16 *Ibid.*, p. 11.
- 17 Walter LIPPMAN: *Isolation and Alliances: An American Speaks to the British*, 1952; p. 22.
- 18 George F. KENNAN: *American Diplomacy: 1900-1950*, 1951; p. 78.
- 19 George F. KENNAN: *Realities of American Foreign Policy*, 1954; p. 92.
- 20 Louis J. HALL: *Civilization and Foreign Policy*, 1955; p. 27.
- 21 *Ibid.*, p. 164.